

Peter Cameron

Aquella tarde dorada

Traducción de Araceli Arola

Primera edición en Libros del Asteroide, 2015
Título original: *The City of Your Final Destination*

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

The City of Your Final Destination, © 2002 by Peter Cameron

© de la traducción, Araceli Arola Pascual, 2015
© de esta edición, Libros del Asteroide S.L.U.

Imagen de cubierta: ©iStock Getty Images

Publicado por Libros del Asteroide S.L.U.
Avió Plus Ultra, 23
08017 Barcelona
España
www.librosdelasteroide.com

ISBN: 978-84-16213-26-9
Depósito legal: B. 13.443-2015
Impreso por Reinbook S.L.
Impreso en España - Printed in Spain
Diseño de cubierta: Jordi Duró
Diseño de colección: Enric Jardí

Este libro ha sido impreso con un papel ahuesado, neutro y satinado de ochenta gramos, procedente de bosques correctamente gestionados y con celulosa 100 % libre de cloro, y ha sido compaginado con la tipografía Sabon en cuerpo 11.

Para Norberto

PRIMERA PARTE

Somos infelices porque no vemos de qué manera puede terminar nuestra infelicidad, pero lo que realmente no vemos es que la infelicidad no puede durar siempre, porque incluso la duración de una misma situación traerá consigo un cambio de humor. Por la misma razón, tampoco puede durar la felicidad.

WILLIAM GERHARDIE, *Of Mortal Love*

13 de septiembre de 1995

Sra. Caroline Gund
Sra. Arden Langdon
Sr. Adam Gund
Ocho Ríos
Tranqueras, Uruguay

Estimados Sra. Gund, Sra. Langdon y Sr. Gund:

Me dirijo a ustedes, albaceas del patrimonio literario de Jules Gund, a fin de solicitarles su permiso para escribir una biografía autorizada del señor Gund.

Soy un estudiante de doctorado de la Universidad de Kansas. Mi tesis «¿Lo recuerdas? Mejor, olvídalo: La articulación del desplazamiento cultural y la disociación lingüística en la obra de Jules Gund» recibió el galardón Dolores Faye y Bertram Siebert Petrie sobre estudios biográficos. Este premio conlleva tanto la publicación de la biografía de Gund por la editorial de la Universidad de Kansas como una espléndida beca de investigación que está supeditada a la autorización de los alba-

ceas para acceder al material necesario para escribirla. Confío en que coincidan conmigo en que la rigurosa biografía que pretendo escribir de Jules Gund repercutirá positivamente en el interés por su legado. Considero que dicha biografía, junto con el creciente interés en los estudios sobre el Holocausto y la literatura latinoamericana, aumentará muchísimo la atención que actualmente se dispensa a la obra de Jules Gund. Esta atención mejorará y afianzará la reputación del señor Gund, lo cual redundará sin lugar a dudas en el incremento de las ventas de su libro.

Con el objeto de que puedan reflexionar con pleno conocimiento de causa sobre mi solicitud, adjunto un capítulo de ejemplo y el índice de mi tesis. (Por supuesto, estaría encantado de enviarles la tesis completa si así lo desearan.) Adjunto también una copia de mi currículum, así como la carta de la editorial de la Universidad de Kansas que respalda este proyecto. Espero que, una vez analizado este material, convengan en que estoy excepcionalmente cualificado para investigar la vida del señor Gund y escribir la biografía exhaustiva y amable que el señor Gund indiscutiblemente merece.

Puesto que es mi deber presentar el comprobante de la autorización ante la Comisión de Becas de Investigación antes del 1 de noviembre con el fin de que procedan al pago inicial de la beca a finales de año, les agradecería una pronta respuesta. Me he tomado la libertad de adjuntar un formulario de autorización por si consideraran pertinente concederme dicha autorización tras la lectura de esta carta. Por favor, no dejen de ponerse en contacto conmigo para aclarar cualquier duda o cuestión que les pueda surgir acerca de este proyecto. Pue-

den hacerlo por teléfono, a cobro revertido, al número que aparece más arriba.

Muchas gracias por el tiempo que han dedicado a mi solicitud. A la espera de su respuesta, se despide atentamente,

OMAR RAZAGHI

Adam estaba de pie frente al espejo intentando anudarse la pajarita. Lo estaba pasando mal. Esa dificultad podía atribuirse en parte a que le temblaban las manos, pero también parecía haberse olvidado de cómo se hacía un nudo de pajarita. Aun así, persistía: deshacía los nudos que no terminaban de convencerlo, estiraba las puntas de la tela y comenzaba de nuevo. Una y otra vez. Aquella falta de pericia suya no parecía exasperarlo, convencido de que, tarde o temprano, incluso a pesar de sí mismo, la pajarita acabaría componiéndose.

Pete, apoyado en la barandilla del descansillo de la tercera planta, observaba la escena con rostro inexpresivo y, transcurridos unos cinco minutos, empezó a bajar las escaleras. Al oír los pasos, Adam abandonó su lucha con la pajarita, pero no levantó la mirada.

Pete apareció por detrás de Adam y, muy cerca de él, casi rozándolo, lo rodeó desde atrás para sujetarle la pajarita. Mientras los dos rostros se observaban en el espejo, Pete logró crear una pajarita perfecta con ese tejido hasta entonces tan obstinado. Aunque el nudo había quedado perfecto, Pete lo ajustó un poco, luego

otro poco más (para restituir su perfección), le dio unos toquécitos y dijo:

—Ya está.

—Gracias —dijo Adam. Tocó la mano de Pete y la mantuvo contra el nudo—. ¿Dónde iría yo sin ti?

—Seguramente, aquí mismo —contestó Pete.

—Sí, pero sin pajarita o, por lo menos, sin el nudo.

—Y estarías mejor. No sé por qué te has puesto pajarita.

—Me enseñaron que siempre hay que llevar pajarita cuando uno se aventura a hacer vida social.

—¿La cena con Arden y Caroline es vida social? —preguntó Pete.

—Es prácticamente toda la vida social que tenemos —dijo Adam—. O quizá debería decir «que tengo». Quizá tú tengas una vida social que desconozco...

—No —dijo Pete.

Ambos seguían mirándose en el espejo, dirigiendo las palabras a sus imágenes reflejadas. Pete inclinó la cabeza para acercarse más y descansó la barbilla sobre el hombro de Adam. Adam alargó la mano y acarició el oscuro cabello de Pete. Tenía un bonito cabello largo, Pete. Observaban su reflejo: un hombre mayor de ascendencia europea y un joven de origen asiático.

Y entonces Pete levantó la cabeza y se apartó un poco, hasta que su rostro desapareció de ese pequeño mundo que constituía el espejo.

—¿Ya estás preparado? —preguntó Adam.

—Sí —dijo Pete—. ¿Vamos caminando o prefieres ir en coche?

—Hace una tarde estupenda —dijo Adam—. Me apetece caminar.

—¿Y qué hacemos a la vuelta? ¿También querrás regresar caminando?

—No lo sé —dijo Adam.

—Porque si quieres volver a casa en coche, deberíamos cogerlo ahora.

—¿Por qué?

—Así ya estará allí y podremos volver en él.

—Siempre puedes venir a buscarlo caminando y luego volver a recogerme en coche.

—Sí, pero sería más fácil cogerlo ahora.

—Creo que no te entiendo —dijo Adam—. Si volvemos a casa caminando, pues volvemos caminando. Y si decidimos volver en coche, vienes a buscarlo. En ambos casos vendrías caminando, ¿no?

—No, si vamos en coche.

—¡Ah! Pero yo quiero caminar. De eso estoy seguro.

—¿Estás seguro? ¿Cómo tienes la pierna?

—Como siempre.

—¿Por qué no vas al médico para te eche un vistazo?

—Porque es un médico horrible y no tengo ningún problema.

—Te tiemblan las manos. Y te duelen las piernas.

—Y soy viejo. Todo encaja.

—Por lo que deberíamos ir en coche.

—No, soy viejo, pero puedo ir caminando hasta la casa y, quizá, según lo tarde que sea, según cuánto haya comido y cuánto haya bebido y según el humor que tenga, vuelva caminando. Ya veremos. —Volvió a mirarse en el espejo—. Gracias por anudarme la pajarita. Creo que me realza. Siempre me ha gustado esta pajarita. La compré en Venecia, en mil novecientos cincuenta y cinco. Es importante comprar objetos bonitos cuando

uno es feliz. Cuando miro esta pajarita —Adam se la tocó por el nudo—, recuerdo lo feliz que fui entonces.

—¿Y qué te hacía feliz?

—No me acuerdo. ¿Quién sabe? Basta con recordar que uno fue feliz. Tengo la absoluta seguridad de haber sido feliz entonces. De lo contrario, nunca habría comprado una pajarita tan bonita.

—Ahora ya no es tan bonita —dijo Pete—. Está sucia.

—¿Está sucia? —Adam se acercó hacia el reflejo de su imagen—. A mí me parece que está bien. Me alegra comprobar que estoy perdiendo vista, así todo me parece que está bien. Es la mejor prueba de la existencia de Dios.

—¿Por qué?

—Porque Él va nublando nuestra visión a medida que envejecemos. De lo contrario, sería insoportable. Sobre todo para aquellos que fueron atractivos en su juventud.

—¿Fuiste un joven atractivo?

—No era tan viejo cuando nos conocimos. Creía conservar todavía parte de mi atractivo por aquel entonces. Seguro. De no ser así, ¿cómo habría podido seducirte?

Pete no contestó. Adam dio la espalda al espejo y se quedó de cara a su compañero. Pete había abierto la puerta. La luz de la tarde cayó sobre su bello rostro. Estaba mirando hacia el pequeño patio adoquinado delante del molino. Había un gato sentado en los últimos escalones.

—*Chuco* quiere cenar —dijo Adam.

—*Chuco* puede esperar. Si vamos a ir caminando, deberíamos salir ya para no llegar tarde —dijo Pete.

Adam advirtió que Pete se había enfadado. Úl-

timamente estaba siempre enfadado, pero se trataba de un enfado bastante singular, íntimo, hondo. Tenía que estar muy enfadado para no dar de comer a su adorado *Chuco*. No dará de comer a *Chuco* para castigarme a mí, pensó Adam.

—Cogeremos el coche ahora —dijo Adam—. Creo que estoy demasiado cansado para caminar.

Pete se apartó de la puerta y se quedó mirándolo.

—No —dijo. Se agachó para coger al gato. El gato apartó la mirada—. Deja que dé de comer a este cerdito.

Portia estaba sentada a la mesa redonda del patio dibujando y etiquetando un mapa de Sudamérica. Eran los deberes del colegio. Portia era alumna externa del colegio de monjas de Tranqueras. Tres lados del patio estaban flanqueados por las alas de la casa y, el cuarto, por un muro de piedra. En el centro de ese muro había un pasaje abovedado y, en el centro del patio, una pequeña fuente redonda. Arden, su madre, salió por la puerta de la cocina. Cargada con el mantel, las servilletas y los cubiertos, se quedó de pie detrás de Portia un momento, observando cómo coloreaba de dorado Uruguay. El resto de Sudamérica era de color verde, de diferentes tonos de verde, como los campos cuando se divisan desde un avión.

—¿Por qué lo has pintado de color dorado? —preguntó Arden.

Portia tardó unos instantes en contestar. Tenía ocho años y hacía poco que había descubierto que la retención de información constituía una suerte de poder.

—Porque sí —dijo finalmente.

—Pero no coincide con el resto de los países de Sudamérica —dijo Arden.

—No tiene por qué coincidir —dijo Portia.

Arden sonrió al ver con qué delicadeza Portia coloreaba Uruguay de color dorado.

—Es muy bonito —dijo.

—No tiene por qué quedar bonito —dijo Portia.

—Ya, pero sí te puede quedar bonito —dijo Arden—. Y, sí, queda bonito. Como tú. —Se inclinó hacia delante y le dio un beso a Portia en la cabeza—. Te huele el pelo a gasolina —dijo—. ¿Qué has estado haciendo?

—Nada —dijo Portia.

—¿Has estado jugando en el garaje?

—No —sentenció Portia, después de pensarlo un momento.

—Bueno, esta noche tendrás que lavarte el pelo —dijo Arden—, tengamos o no tengamos agua caliente. ¿Puedes apartar eso, cariño? Es solo un momento, mientras preparo la mesa.

—¿Por qué vas a poner un mantel? —preguntó Portia.

—Porque Adam y Pete vienen a cenar y quiero que la mesa esté bonita. Y, la verdad, siempre deberíamos poner mantel. No hay razón para no ponerlo, pero me da pereza si estamos solo nosotras dos.

—¿Tengo que cenar con vosotros?

—¿No quieres?

—No. Prefiero cenar en la cocina.

—¿Por qué?

—Porque habláis mucho.

—Eso es lo que hacen las personas cuando se reúnen a comer. Hablan.

—Pero es aburrido. Sobre todo si está el tío Adam.

—Está bien, pero ayúdame con el mantel.

—No entiendo por qué tendríamos que poner siempre el mantel. Lo único que hace es ensuciarse y luego hay que lavarlo y eso contamina —dijo Portia—. Basta con quitar las migas de la mesa y dejar que los pájaros se las coman. Es mucho más *elógico*.

—Ecológico, querrás decir —corrigió Arden—, pero la vida no es siempre... Bueno, algunas de las cosas más bonitas de la vida no son siempre las más prácticas o ecológicas, ¿no te parece? Y poner un mantel tampoco hace daño a nadie.

—La hermana Domina dice que son los pequeños agravios, los pequeños pecados, los que más importan, porque se van sumando. Dios los suma todos.

—Supongo que tienes razón, pero seguiremos poniendo manteles. Cuando seas un poco más mayor, podrás irte a vivir con las monjas y vivir de manera tan sencilla como ellas.

—No hace falta irse a vivir con las monjas para llevar una vida sencilla —observó Portia.

—Pero resulta más fácil, pienso yo, si uno está apartado del mundo.

—La hermana Domina dice que el mundo en el que viven es el mundo real. Y que somos nosotros los que vivimos apartados de él.

—Bueno, todo depende de la perspectiva desde la que se mire, supongo —dijo Arden—. ¿Apartas el mapa y los lápices?

Portia obedeció y ayudó a su madre a preparar la mesa. Al momento, oyeron algunas voces que provenían del interior de la casa.

—Escucha —dijo Arden—. Deben de ser el tío Adam

y Pete. Entra y diles que estamos aquí afuera.

Portia desapareció por las puertas acristaladas y regresó unos instantes después con Pete, que dio a Arden las buenas tardes y un beso.

—¿Dónde está Adam? —preguntó ella.

—Se ha quedado dentro —dijo Pete—. Quería echar un vistazo a los periódicos.

—¿Te traigo algo para beber? —Arden preguntó a Pete.

—Sí —contestó Pete—. Gracias.

—¿Una ginebra?

—Sí, gracias —dijo Pete.

Arden entró en la casa por las puertas acristaladas que daban al gran vestíbulo de la entrada, cuyo altísimo techo estaba coronado por una cúpula. Enfrente de las puertas acristaladas, la enorme puerta de madera de la entrada. A lo largo de la pared posterior había dos galerías cuyas puertas conducían a los distribuidores de las plantas segunda y tercera, y una escalera en curva ascendía a la primera galería desde cada lado de la estancia. En el vestíbulo de la entrada, unas puertas daban a un distribuidor donde se encontraban la despensa y la cocina, un aseo y dos estancias grandes y cuadradas que daban a la parte frontal de la mansión: una era la biblioteca, la otra era una sala de estar. Arden se detuvo ante la puerta de la biblioteca.

—Buenos días, Adam —dijo ella—. Solo te molesto un momento para saber si quieres algo de beber. Pete y yo estamos tomando una ginebra.

—Ah, me encantaría una copita de ginebra —dijo Adam.

—¿Con lima? —preguntó Arden.

—Sí, por supuesto —dijo Adam—. Con mucha lima, si no vas a necesitarla.

Arden regresó al cabo de un momento con una bandeja llena de bebidas. Puso la copa de Adam sobre la mesita situada junto a su asiento.

—Gracias, querida —dijo él, sin levantar la vista del periódico.

Arden salió de nuevo al patio, pero Pete y Portia habían desaparecido. Dejó la bandeja sobre la mesa, cogió su ginebra y avanzó por el patio para sentarse en el borde de la fuente. Estaba rebosante de agua oscura sobre la que flotaban nenúfares y nadaban unas carpas orondas y apáticas. Emergían a la superficie y rondaban cerca de Arden, pero ella no llevaba nada para darles de comer. Al rato, se sumergieron despreocupadamente, como si en ningún momento hubieran esperado recibir comida.

Arden tocó el agua con los dedos y algunos peces regresaron para mordisquear las burbujas de aire que se les adherían. Jules solía mordisquearle la punta de sus dedos, pretendiendo ser... ¿el qué? Un pez, no. Un niño, quizá. También se los chupeteaba.

Al cabo de un rato, Portia y Pete aparecieron por el pasaje abovedado. Al llegar se sentaron junto a Arden, en el borde de la fuente. Durante un momento ninguno de ellos tres dijo nada, pero era un silencio agradable. Y entonces Arden dijo:

—Tienes la copa en la mesa, Pete. Portia, ¿por qué no se la traes?

—Ya voy yo —dijo Pete.

Portia se había arrodillado junto a la pileta para deslizar las puntas de su larga cabellera por el agua a fin de atraer los peces.

—No hagas eso —dijo Arden.

—¿Por qué? Acabas de decirme que tendré que lavar-me el pelo esta noche —dijo Portia.

—Sí —dijo Arden.

Pete volvió con su bebida.

—¿Adónde habéis ido? —preguntó Arden.

Portia miró a Pete.

—A ningún sitio —contestó ella.

—Secreto —dijo Pete.

Adam apareció procedente del interior de la casa y se sentó a la mesa, con el periódico perfectamente doblado en cuatro.

—Ven aquí y ayúdame con todo este desbarajuste —le dijo a Portia.

Portia se levantó y se acercó a la mesa donde estaba su tío. Arden y Pete se quedaron solos en la fuente. Tomaron un trago y observaron el lento movimiento de los peces por el agua oscura y verdosa.

Caroline los miraba desde su estudio de la torre. En realidad, no se trataba de una torre, solo un cuarto construido encima del ático, con ventanas abuhardilladas y claraboyas a ambos lados. Jules lo había construido para ella porque el resto de la casa era muy oscuro: en un intento por recrear el estilo bávaro, los padres de Jules habían plantado miles de árboles (abetos noruegos, pinos austriacos, enebros, alerces) y aquel bosque había ensombrecido para siempre la mansión. Caroline observaba a Pete y a Arden sentados en el borde de la fuente, sin decirse nada el uno al otro. Luego apartó la mirada de la ventana y la dirigió hacia su

lienzo. Ya hacía muchos años que se había dado cuenta o que había aceptado que nunca lograría pintar nada original ni de calidad y se dedicaba a hacer únicamente copias de cuadros consagrados. Eso era lo más sensato que podía hacer. De lo contrario, Caroline habría dejado de pintar y a ella le gustaba pintar. Ahora estaba copiando la *Virgen del prado* de Bellini. Cruzó la estancia y dirigió la vista hacia el otro lado, a lo largo de las copas de los árboles. Miró hacia arriba: el cielo todavía tenía un color azul muy pálido, un azul cansado y gastado. No había nubes. Oyó crujir la gravilla del suelo y vio cómo Diego se alejaba por el camino de acceso a la propiedad. Se había acercado desde el pueblo para arreglar el calentador del agua. Quizá esa noche ya tendrían agua caliente y podría tomar un baño. Observó cómo recorría aquel camino hasta alcanzar la carretera. Diego se detuvo para fumar un cigarrillo mientras esperaba a su hijo. Caroline se volvió de nuevo y se quedó mirando su cuadro como si el lienzo hubiera podido cambiar, como si hubiera podido recomponerse solo durante su breve desatención, pero no, no había cambiado. Oyó el ruido de un coche, volvió a situarse frente a las ventanas y vio a Diego subir al coche de su hijo. El vehículo se alejó. Caroline volvió a cruzar la estancia y miró por la ventana que daba al patio. Ya estaban comiendo, sentados todos a la mesa. Habían puesto velas y un mantel. Aunque la habían invitado a unirse a ellos, invitación que ella había declinado, no podía evitar sentirse excluida. Que fuera ella quien se había excluido a sí misma no disminuía su dolor.

—¿Caroline no va a acompañarnos? —preguntó Adam al empezar a comer.

—No —dijo Arden—. Está trabajando y no quiere interrupciones.

—Subiré más tarde —dijo Adam—. Después de cenar.

—Seguro que estará encantada de verte —dijo Arden.

—Trabaja mucho —dijo Adam—. Después de todos estos años, sigue trabajando mucho.

Arden estaba de acuerdo.

—En su momento no fue mala pintora. Su falta de originalidad era terrible, pero no era mala pintora. Aunque, claro, creo que todas las artistas tienden a ser poco originales.

Arden evitó morder el anzuelo.

—A mí me gustan sus cuadros —afirmó—, los cuadros que he podido ver.

—Sí, seguro que sí —dijo Adam—. No entiendes nada de arte, ¿verdad?

—No —rio Arden—. Absolutamente nada. —Y luego, para cambiar de tema, dijo—: Hoy he recibido una carta interesante.

—¿De verdad? Qué suerte la tuya —dijo Adam—. Hace un montón de tiempo, quizá años, que no recibo ningún tipo de correspondencia que pueda considerarse interesante. ¿Quién te ha escrito esa carta tan interesante?

—Un estudiante. Un joven licenciado de una universidad de Estados Unidos. Ha escrito una especie de tesis sobre Jules y quiere convertirla en una biografía. Le han dado una beca para costear sus investigaciones y la editorial de esa universidad se encargaría de publicarla.

—¿Y por qué te ha escrito?

—Bueno, quiere que le autorice... Quiere que le autorizemos a escribirla. Necesita nuestra autorización para seguir adelante.

—¿Que alguien quiere escribir una biografía sobre Jules Gund?

—Sí —dijo Arden—. Eso parece.

—¿Y ese joven es digno de confianza? —preguntó Adam.

—No lo sé —contestó Arden—. Supongo que sí. Está vinculado a una universidad.

—¿A cuál?

—No me acuerdo. Es una universidad estatal. De Kansas, creo. O de Nebraska.

—¿Puedo ver la carta? —preguntó Adam.

—Por supuesto —dijo Arden. Entró en la casa y regresó con la carta. Se la pasó a Adam por encima de la mesa y Adam la sostuvo cerca de la vela para leerla. Arden y Pete se quedaron mirándolo. Al cabo de un poco, Adam dejó la carta sobre la mesa.

—Bueno, una biografía puede beneficiarnos mucho —dijo.

—¿De verdad? ¿Cómo?

—Aumentando el interés por Jules. Y, en consecuencia, aumentando las ventas de su libro.

—Sí, la carta así lo dice, pero esa no es razón suficiente para autorizar una biografía... Solamente por aumentar las ventas no habiendo tampoco ninguna garantía de que eso fuera a ocurrir, ¿no?

—No —dijo Adam—, pero tampoco hace ningún daño.

—¿Seguro que no? —preguntó Arden.

—No veo cómo podría hacer daño alguno —respondió Adam.

—Podría perjudicar a Jules —dijo Arden.

—Jules está muerto.

—Me refiero a su reputación.

—Creo que te referes a que podría perjudicarte a ti —dijo Adam.

—No, no he querido decir eso —aseguró Arden—. ¿Cómo podría perjudicarme a mí?

—Te dejaría al descubierto. Después de todo, tu vida estaba ligada a la suya.

—Sí, claro que mi vida y la suya estaban ligadas, no siento vergüenza alguna por ello. ¿Cómo podría perjudicarme? Y, además, no estoy pensando en mí. Estoy pensando en Jules. ¿Querría Jules algo así? ¿Querría una biografía? Yo creo que no.

—Jules está muerto. No creo que ande estos días muy preocupado sobre lo que quiere o deja de querer.

Arden frunció el ceño, pero no dijo nada.

—¿Has hablado con Caroline?

—Sí —dijo Arden—. Ella dice que no. No quiere autorizar una biografía. No quiere nada semejante.

—¿Por qué?

—No me lo dijo.

—Típico de Caroline.

—Creo que coincido con ella.

—¿Cómo puedes coincidir con ella si no conoces sus razones?

—Coincido con su decisión. Y ya somos mayoría, así que tu voto no cambiará el resultado.

—¿Y permitiremos que algo tan estúpido como la democracia decida si asegurar o no el prestigio de Jules Gund?

—¿Y cómo podríamos decidirlo? Esta manera es la más sencilla.

— ¡La más sencilla! ¿No quieres lo mejor para el legado familiar?

— Sí — dijo Arden —. Desde luego, pero también quiero lo mejor para Jules.

— Vuelvo a decirte que Jules está muerto.

— Eso ya lo sé, pero no es una razón para dejar de tenerlo en cuenta.

— ¿No? Yo diría que es una razón excelente. Tengo el corazón de piedra, supongo.

Arden no respondió. Se puso de pie y empezó a apilar los platos. Adam se reclinó en la silla y dijo:

— ¿Puedo preguntarte otra vez por qué no quieres autorizar esa biografía? Quizá puedas explicarme tus razones.

— No creo en las biografías — dijo Arden.

— ¿Que no crees en las biografías?

— No — dijo Arden —. Bueno, no creo en las biografías de los artistas. Tampoco en las biografías de los escritores. Creo que sus obras deben hablar por sí mismas. Creo que sus obras constituyen su vida, al menos su vida pública, y esas biografías desfiguran sus obras. De alguna manera, esas biografías mancillan sus obras.

— ¿Cómo?

— Ofreciendo una narrativa alternativa. El hecho de exponer su vida al mundo, de situarla junto a su obra para que nosotros la aprobemos, quizá también para que saquemos algún provecho de ella... Creo que no es lo correcto.

— ¿Qué no es lo correcto? ¿Por qué no es lo correcto?

— No, no es lo correcto. No sé, no puedo explicarlo. No soy una intelectual. Siento no poder expresarme con más claridad. Solo puedo decir que eso es lo que siento y lo siento de una manera muy intensa.

—Entiendo y valoro ese sentimiento —dijo Adam—, pero piensa un momento. Quizá no seas una intelectual, pero sí eres una persona reflexiva e inteligente. Piensa: tenemos ante nosotros la solicitud de un permiso para escribir una biografía autorizada. —Tocó la carta, que estaba sobre la mesa—. ¿Entiendes lo que eso significa?

—Significa que no la puede escribir sin nuestro permiso —dijo Arden.

—No —dijo Adam—, no es eso. Significa que a cambio de nuestro permiso y de nuestra colaboración, a cambio de poner a su disposición todos los papeles de Jules y todos nuestros recuerdos de él, tenemos el control del contenido del libro. Podemos retener o hacer que se retire cualquier información que, por la razón que sea, no queramos que se incluya. Ese joven escribe el libro, sí, pero nosotros controlamos y vetamos la totalidad de su contenido. Eso es una biografía autorizada. Y eso es lo que este joven nos propone escribir. Si decidimos, tal como tú propones, no colaborar con él, si decidimos no darle nuestra autorización, no hay nada que le impida escribir esa biografía. Le será más difícil hacerlo sin nuestra ayuda, por supuesto, pero en ese caso tendrá plena libertad para escribir lo que quiera. De hecho, le estaríamos ofreciendo la historia de Jules en bandeja y él tendría carta blanca para escribir. Estaríamos sacrificando a Jules por mero orgullo, obstinación y estupidez.

—No creo que pudiera escribir una biografía sin nuestra colaboración —dijo Arden—. ¿Cómo podría escribir nada?

—Ese es el trabajo de los biógrafos. Son listos, rencorosos y despiadados. Date cuenta de que no darle la

autorización sería como desafiarlo. Mucho mejor que él estuviera de nuestro lado.

—Puede que sea ingenua —dijo Arden—. Sí, seguro que soy una ingenua, pero yo no veo el mundo así. Yo no presupongo que la gente sea rencorosa ni despiadada. Creo que la gente es razonable y que respeta la intimidad. Nos ha escrito una carta amable. También educada y respetuosa. —Se acercó a ella y la tocó—. Creo que eres demasiado cínico, Adam.

—Bueno, al menos con respecto a una cosa sí estás en lo cierto.

—¿Con respecto a cuál?

—Que eres ingenua.

Arden recogió los platos amontonados y los llevó al interior de la casa. Pete se levantó para pasear por el patio, salió por el pasaje abovedado para internarse en la oscuridad de la noche. Adam se quedó sentado un momento, a solas. Levantó la vista hacia la luz del estudio de Caroline. Podía oír hablar a Arden y Portia en la cocina. Luego fue a buscar a Pete. Lo encontró fumando cerca del jardín. Se quedaron de pie, el uno junto al otro, sin hablar, y luego Pete dijo:

—Creo que has estado bastante desagradable.

Adam le cogió el cigarrillo y le dio una calada. Luego se lo devolvió. Exhaló el humo.

—Ah, ¿sí? —preguntó.

—Sí —dijo Pete—. Creo que habrías podido hacerla cambiar de parecer mostrándote un poco más amable.

—¡Por favor! —dijo Adam—. Arden sabe perfectamente que no soy amable.

Pete tiró el cigarrillo al suelo y lo pisó. Luego recogió la colilla y se la metió en el bolsillo de la camisa.

—No creo que quieras volver a casa caminando, ¿verdad? —preguntó.

—No —dijo Adam—. Estoy cansado. Y tengo que hablar con Caroline.

—Entonces, ¿quieres que traiga el coche?

—Sí —dijo Adam—. Por favor.

Pete empezó a rodear la casa en dirección al camino de acceso.

—¡Espera! —le voceó Adam—. ¿Quieres que te traiga una linterna?

—No —contestó Pete.

—Está oscuro —dijo Adam.

—No te preocupes —dijo Pete—. Conozco el camino.

Adam subió lentamente las escaleras que conducían al estudio de Caroline. Caroline estaba trabajando frente al caballete y no se volvió cuando él entró en aquella estancia. Adam tuvo la sensación de que no había estado trabajando y había adoptado esa postura al oír el ruido de sus pasos por las escaleras; la verdad era que su lentitud al subir le había concedido a ella mucho tiempo para prepararse. Se quedó de pie detrás de ella y contempló el cuadro. La concentración de Caroline parecía falsa. Adam buscó una silla y se sentó.

—Está bastante bien —dijo Adam—. Aunque los colores no están nada acertados.

—Buenas noches, Adam —dijo Caroline, sin girarse en ningún momento.

—Buenas noches —dijo Adam.

—Por favor, no vuelvas a opinar sobre mi cuadro —le rogó Caroline.

—Está bien —dijo Adam—, pero los colores...

—Por favor —repitió Caroline. Se volvió y le sonrió abiertamente—. ¿Has subido para tomar una copa?

—No —dijo Adam—. Me he quedado solo y he visto la luz del estudio.

—Por lo que has subido a tomar una copa —dijo Caroline.

—Si me la ofrecieras, no te la rechazaría —dijo Adam.

Caroline llenó dos vasos de whisky escocés y le alargó uno a Adam.

—Me gustaría que tú y Arden armonizarais vuestras bebidas alcohólicas —dijo Adam. Bebió un trago del whisky y volvió a mirar el cuadro—. Bellini, ¿verdad? —preguntó.

—Sí —dijo Caroline—. Pero, por favor, no lo mires.

—Dibujas muy bien —dijo Adam.

—Sí —contestó Caroline—. Dibujo bien, pero no sé pintar.

—Sí, sí que puedes —dijo Adam—... o, al menos, podrías. Justo acabo de comentarle a Arden lo buena pintora que eras.

—Sí —dijo Caroline—. Que era. ¿Podemos hablar de algo que no sea pintura? —Se quedaron unos momentos en silencio antes de que Caroline dijera—: ¿Te ha enseñado Arden la carta?

—Sí —contestó Adam.

—¿Y qué piensas?

—Pienso que estoy viejo y cansado. Pienso que este whisky escocés es excelente. ¿De dónde lo has sacado?

—Me lo trajo Sebastian. ¿Qué opinas de la carta?

—Opino lo mismo que opinaría cualquier persona sensata —dijo Adam.

—¿Y cuál es esa opinión sensata?

—Que es una excelente oportunidad para nosotros. Sería una locura por nuestra parte no apoyarlo.

—Vaya —dijo Caroline.

—Me da la sensación de que eres de otra opinión.

—Y así es —dijo Caroline—. No soy tan sensata como tú.

—Al parecer nadie es sensato —dijo Adam—, al menos nadie a quien este tema le ataña.

—¿Arden tampoco?

—Arden lo interpreta como una oportunidad que se le brinda para mostrarse romántica, pero eso de ser la noble viuda doliente que protege el buen nombre de su marido es absurdo.

—¿Por qué?

—Por varias razones. En primer lugar, si alguien tiene que desempeñar ese papel de viuda doliente, y nadie tendría por qué hacerlo, ese alguien eres tú. En segundo lugar, su actitud es estúpida y nada práctica. Y egocéntrica. Y podría seguir y seguir.

—No dudo que tú podrías seguir y seguir.

—Y, por alguna extraña razón que no alcanzo a comprender, pienso que quiere ponerse de tu lado en esto, razón por la que debes actuar con sensatez.

—Sigues mencionando la sensatez como si fueras el árbitro de esa virtud. Y, no, Adam, no lo eres. Cada uno se forja sus propias sensateces. No puedes imponer la tuya a los demás. Al menos, a mí no.

—¿Por qué no quieres esa biografía?

—No es algo que me afecte. Y tampoco es algo que yo pueda querer o no querer.

—Entonces, ¿por qué le dijiste a Arden que no?

—Le dije que no daría mi autorización.

—¿Y por qué le dijiste eso?

—Porque Jules no quería una biografía. Me lo dijo una vez.

—¿Cuándo?

—Hace años. Cuando se publicó *La góndola* por primera vez.

—De eso hace más de veinte años.

—Sí, hace siglos, una eternidad, pero en qué momento lo dijo no es lo importante.

—¿Y por algo que pudo haberte dicho Jules hace veinte años vas a negar la autorización de una biografía que indiscutiblemente será positiva para nuestros intereses?

—Sí —dijo Caroline—. Me parece lógico. Y también sensato.

—Estoy seguro de que Jules te dijo muchas cosas hace veinte años —dijo Adam—. Por ejemplo, cuando os casasteis, seguro que te dijo que te querría para siempre, ¿verdad?

—Sí —dijo Caroline.

—Y tú no lo obligaste a cumplir su promesa —dijo Adam.

—No necesité hacerlo. Jules no dejó de quererme nunca. Siguió casado conmigo.

—Al final aquello que fuera lo que vosotros tuvisteis no era un matrimonio —dijo Adam.

—¿No? ¿Y quién eres tú para decidirlo? Te repito que considero que se trata de una cuestión de sensateces. ¿Qué tiene que ver todo ello con la biografía? Creo que nada. Y tal vez debería añadir que tampoco tiene nada que ver contigo.

—Yo creo que sí tiene que ver conmigo —dijo Adam—. Yo era su hermano. No fui su esposa ni su amante. La nuestra fue una relación bastante desapasionada y creo que puedo ver la presente situación con mayor claridad que tú o que Arden. Y creo que es una situación que tiene que mirarse con claridad. Desapasionadamente.

—Y tú eres el encargado —dijo Caroline.

—Lamento haberte ofendido —dijo Adam—. No era esa mi intención.

—No me has ofendido —dijo Caroline—. Simplemente tenemos una opinión diferente al respecto, eso es todo.

Oyeron un coche y divisaron sus luces acercándose por el camino de acceso.

—Ahí está Pete —dijo Adam—. Es tarde ya. Deberíamos seguir hablando de esto los tres para poder tomar una decisión. Al fin y al cabo, debemos responder a la carta.

—Bueno, mi opinión ya está formada.

Adam se puso de pie.

—Por favor, no digas eso, Caroline. Al menos ten la delicadeza tanto de escuchar lo que tengo que decir como de considerarlo. Esperaba rigidez por parte de Arden, pero no por la tuya.

—Por supuesto que te escucharé —dijo Caroline—. No pretendía decir eso.

—Mañana, entonces. ¿Vendrás a comer? ¿Y traerás a Arden contigo? Así podremos conversar de todo esto con serenidad y de manera racional.

—Iré a comer —dijo Caroline—. Y llevaré a Arden conmigo, pero conversar de todo esto con serenidad y de manera racional ya es otra cuestión.

—Podemos intentarlo —dijo Adam.

—Sí —dijo Caroline.

—¿Se lo dices tú a Arden?

—Claro. Ve, anda. Pete te está esperando. ¿Cómo está?

—Pete no es feliz. Estoy seguro. Está cansado de vivir en medio de la nada con un viejo desagradable.

—No me lo creo —dijo Caroline—. Pete te quiere.

—Y yo le quiero, pero aun así no es feliz. Buenas noches.

Adam le dio un beso. Caroline cerró la puerta y se quedó escuchando como bajaba lentamente las escaleras. Oyó la puerta del coche abrirse y cerrarse y, a continuación, el coche alejarse. Todo estaba en silencio. Luego pudo oír el grifo de una bañera en algún cuarto de baño de la planta inferior de la casa. Bien, pensó, ya debe de haber agua caliente.

Arden fue a darle las buenas noches a Portia. Se sentó en la cama y la peinó, todavía tenía el cabello mojado después de habérselo lavado.

—¿Dónde has ido antes, con Pete? —preguntó.

—¿Qué? —preguntó Portia.

—Antes de cenar. Pete y tú desaparecisteis. ¿Adónde fuisteis?

—A ningún sitio —dijo Portia—. Dimos un paseo.

—Sí, pero ¿adónde?

—A la colmena —dijo Portia.

—Se supone que debes mantenerte lejos de la colmena —dijo Arden—. Pueden picarte las abejas.

—Ya lo sé, pero pensé que con Pete no pasaría nada. Queríamos ver cómo volaban las abejas hacia su casa.

Suelen volver al atardecer.

—Sí —dijo Arden—, ya lo sé.

—Y luego estuvimos escuchando la colmena. No nos pusimos demasiado cerca. Estábamos detrás del pozo. Podíamos oír el zumbido desde allí. —Hizo un ruido como de zumbido en el fondo de su garganta—. Pete dice que las abejas hablan entre sí y que bailan.

—Sí —dijo Arden—. Lo he oído. Ya está. Tienes el cabello seco y está precioso. Y huele maravillosamente bien. Métete en la cama.

—Primero tengo que rezar —le recordó Portia.

—Me había olvidado, sí. Si quieres, di tus oraciones.

Portia se arrodilló junto a la cama, pero miró hacia su madre por encima del hombro.

—Vete —le dijo—. No me escuches. Las oraciones se dicen en secreto. Son entre Dios y yo.

—Está bien —dijo Arden—, pero Dios no te puede remeter la sábana. Avísame cuando hayas terminado.

Salió al pasillo, desde donde podía oír a su hija susurrar una oración larga y complicada, cuyos pormenores no fue capaz de percibir a pesar de todos sus esfuerzos.

Aunque Arden y Caroline vivían en la misma casa, apenas se veían. Sin haber sido nunca conscientes de ello ni haberlo hablado expresamente, las dos habían llegado a un acuerdo tácito relativo al uso de la casa y cada una ocupaba determinadas habitaciones en determinados momentos, de manera que cada una subía, comía, dormía y se bañaba sin coincidir con la otra, de manera que algunos días coincidían poco o nada.

Caroline acostumbraba a quedarse despierta gran

parte de la noche y dormir durante el día. Después de que Adam se marchara, se bebió otro whisky y se sentó a contemplar su interpretación de la *Virgen del prado*. Caroline lo estaba copiando de una enorme ilustración a color de un libro sobre Bellini que se había publicado en Dresde en 1920, uno de los libros que los padres de Jules habían traído de su país. Claro que los colores no estaban nada acertados, la impresión ya debía de ser imperfecta y el paso del tiempo la había estropeado aún más. En su personal versión había intentado reproducir los colores que suponía que tenía la obra original —la luminosidad del pasado—, pero sabía que había fallado en el intento.

Esperó hasta que todas las luces de la casa estuvieran apagadas para descender desde el ático y cruzar el oscuro patio. La fuente también se había apagado, pero los peces se movían insomnes en el agua. Se quedó de pie unos instantes contemplándolos antes de entrar en la casa.

Todo estaba silencioso y oscuro. Sus estancias se encontraban en la segunda planta. Ya casi había cruzado el vestíbulo de entrada en dirección a las escaleras cuando hubo algo que la hizo girarse y estudiar las sombras de la estancia. Había una mujer sentada en la oscuridad que la observaba.

—Soy yo —dijo Arden—. Siento haberte sobresaltado.

—Me has asustado —dijo Caroline—. Creía que ya estabas en la cama.

—Sí —dijo Arden—, pero no podía dormir.

Podría decirle buenas noches y seguir escaleras arriba, pensó Caroline, o podría acercarme y sentarme junto a ella, pero esa pausa para pensarlo fue de alguna forma decisiva, pues excluía la primera alternativa.

—Tal vez necesites tomar algo —dijo ella—. Puede ayudarte a dormir.

—Ya estoy en ello —dijo Arden. Levantó las manos de su regazo para revelar un pequeño vaso oculto en el hueco de sus manos.

Caroline se sentó al otro lado de la estancia, en el último escalón. Ninguna de las dos dijo nada durante unos instantes, hasta que Caroline preguntó:

—¿Ha arreglado Diego el calentador? ¿Ya tenemos agua caliente?

—No —respondió Arden—. Dice que necesita otra pieza. Dijo que volvería mañana si la puede encontrar en el pueblo.

—Qué ganas tengo de darme un baño bien caliente —dijo Caroline.

—Sí —dijo Arden—, lo sé.

Estuvieron en silencio un momento y luego Arden preguntó:

—¿Cómo va tu cuadro?

Caroline emitió un sonido que revelaba tanto impaciencia como rechazo.

Arden dio otro trago.

¿Qué es lo que estará bebiendo?, se preguntó Caroline. ¿Arden es alcohólica? ¿Acaso se ha hecho alcohólica? Caroline se inclinó hacia delante y se desabrochó las sandalias.

—Adam nos ha invitado a comer mañana. Quiere que hablemos sobre la biografía.

—Creía que no te parecía bien —dijo Arden.

—Y así es —respondió Caroline—, pero lo menos que podemos hacer es escuchar a Adam. Se lo debemos.

—¿Por qué? —dijo Arden—. Él no escucha a los demás.

Caroline se puso de pie.

—Bueno, le dije que comeríamos con él. Si no quieres, no vengas.

—Sí, claro que iré —dijo Arden—, pero preferiría que no fuera tan perdonavidas.

—De nada te sirve quejarte —dijo Caroline—. ¿Te parece que vayamos juntas?

—Sí —dijo Arden.

—Vendré a buscarte a mediodía. Buenas noches.

—Buenas noches —dijo Arden.

Caroline dio media vuelta y subió las escaleras. Arden se quedó sentada a solas un rato más, terminándose la bebida. Luego también se fue a dormir.